

archilexemas de cada una de las parcelas, se presenta –en la medida de lo posible– las implicaciones sintácticas que esto puede alcanzar, como, por ejemplo, que determinados verbos intransitivos aparezcan como verbos transitivos sólo si el objeto es femenino (*accumbere*), situación que no se produce con un objeto masculino.

Un elemento añadido, presente y constante, a lo largo de todo el análisis es la posibilidad de, a través del lenguaje, llegar a comprender mejor elementos sociales y de comportamiento –no siempre explícitos– de la sociedad y la cultura romanas, sobre todo en relación con las funciones y atribuciones de las mujeres. Por usar las palabras de la autora, palabras con las que concluye su trabajo, podríamos decir: “Si damos un paso más, comprendemos que en la jerarquía sintáctica y semántica interviene la jerarquía social o de la realidad, de modo que la mujer comparte rasgos a medio camino entre el ser humano y el objeto inanimado. Este proceso de cosificación de un ser humano recibe especificidad en la explotación léxica y sintáctica de su comportamiento pasivo” (p. 325). En este sentido, el análisis del léxico del amor, tanto en el marco del matrimonio como fuera de él, revela la débil función de la mujer, reducida en varios momentos al rango, casi, de objeto [que se alquila, se lleva, se usa y, este es el caso de la prostituta, se devuelve, todo ello sin tener el cuenta la voluntad de la mujer; en cierto modo, es también la situación de la muchacha de buena familia prometida en matrimonio]. Esta realidad social tiene su reflejo en el plano sintáctico: por un lado se muestra en la limitación de los verbos que aparecen con la función agente cubierta por un ser femenino y por otro se advierte en el distinto tipo de complementación sintáctica que se asocia a un mismo verbo si el sujeto es femenino o no.

Los datos de *realia* a los que se accede en este trabajo, unidos a la matización del sentido de los verbos en los distintos contextos y las distintas contextualizaciones en los que aparecen –según el sujeto, el objeto y los complementos que lo determinen– forman un conjunto atractivo y útil para quien aborde la lectura de las obras plautinas, pero también para quien desee información sobre las distintas formas de canalizar ese eterno de la condición humana que son las relaciones entre los sexos.

MARÍA JESÚS PÉREZ IBÁÑEZ

*Silva. Estudios de Humanismo y Tradición Clásica*, nº 1 (2002), León, Universidad de León, 2002, 239 pp. ISSN 1579-7392

De la ciudad de León y de su universidad nos llega el primer número de una revista que viene a aumentar el de las que, de manera lenta pero imparable, van paliando una ausencia que ya empezaba a ser dolorosa: la de publicaciones periódicas dedicadas al humanismo latino y a la tradición clásica. Siendo como son los dos campos de investigación más frecuentados hoy por los clásicos filólogos clásicos (latinistas, al menos), era necesario que los trabajos generados en esos ámbitos encontraran un lugar que no fuera el tan socorrido de las actas de congreso ni el de las secciones poco menos que de *Varia* en las revistas de “genuina” filología clásica. Demos, pues, ya de entrada la bienvenida a esta revista de tan bien buscado título y augurémosle muchos números de vida.

La revista aúna la alegría de su nacimiento con la tristeza por el hecho de que su principal promotor, Gaspar Morocho Gayo (1941-2002), no haya llegado a ver tal proyecto puesto en marcha. A él están merecidamente dedicados tanto este primer número como las páginas que lo abren, ocupadas por el *In memoriam* que le dedica el prof. J. F. Domínguez. A ello se añade que es el propio profesor Morocho quien inaugura la revista con un trabajo titulado “El Humanismo renacentista y la unidad de los hombres y de los pueblos” (pp. 17-22), en el que se condensan las que fueron sus “pasiones” investigadoras: el humanismo, los hebraístas españoles de la época y la proyección de ambas tendencias en la América recién conocida. Es, además, un trabajo que versa estrictamente sobre ‘humanismo’, esto es, sobre la defensa del hombre y de su dignidad que asumió el humanismo cristiano desde la fusión de la antigua sabiduría pagana con el liberador mensaje evangélico. En el inmenso campo de prueba que ofrecía el continente nuevo se habría de ensayar la eficacia real de las tan justas proclamas que resonaban por la vieja Europa.

*Silva* nace con el que podríamos calificar como un número “fuerte”, pues la apadrinan ilustres autores que, en obras que hace tiempo son de referencia, se han esforzado y se esfuerzan por clarificar la incommensurable aportación del humanismo y de la tradición clásica a la conformación del mundo actual y de los modos de pensar y sentir del hombre que lo habita. Seguramente porque son prácticamente de anteayer y perfectamente válidos para mañana, aún no hayamos tomado la suficiente distancia y perspectiva para conocer cabalmente todo lo que debemos a hombres como Erasmo, Lutero o Ignacio de Loyola, tres “figuras del Renacimiento” a las que dedica su artículo José Luis Abellán (pp. 23-34), intentando mostrar, entre otras muchas cosas, que el fundador de la célebre Compañía ha marcado quizás tan profundamente como sus dos compañeros de terna “los siglos de la Modernidad”. Ignacio es, precisamente, uno de los frutos nacidos de las múltiples y diversas semillas plantadas en la España de los siglos XIV a XVI, época en la que esta siempre sufrida nación (con perdón) vivió por adelantado las agudas turbulencias políticas, sociales y religiosas que luego tanto ruido harían en el resto de Europa. Melquiades Andrés Martín, en su trabajo “Humanismo y Reforma española” (pp. 35-56), un tanto torrencial, mas pleno de sugerencias, nos presenta un panorama de esa España tan plural, tan rica en posibilidades (humanismo *grosso modo*, observancia, erasmismo, alumbradismo, etc.) que, en su mayor parte y casi siempre para desgracia de todos, se frustraron, tal vez por haber sido prematuras respecto a su desarrollo en otras naciones europeas.

Tampoco se abandona el humanismo cristiano en el trabajo (pp. 57-73) que Patricia Escandón, de la UNAM mexicana, dedica a la figura del fraile danés Jacobo de Dacia (ca. 1484-ca. 1587), hijo y hermano de reyes, que se embarcó en 1542 desde Sevilla para América, concretamente para México, donde probó largamente la amargura por exigir una Iglesia que fuera católica tanto de palabra como de obra: esto es, que a los indios a los que convertía en nombre de Cristo los tratara, de verdad, conforme a su doctrina. Casi nada.

Juan Gil aporta un trabajo de índole eminentemente socio-histórica dedicado a los “Profesores de Latín en la Sevilla del siglo XVI” (pp. 75-91) y, en concreto, a los que trabajaron en el Estudio de San Miguel (Pedro Núñez Delgado, Pedro Vázquez de Sotosalbos y Francisco Sánchez de Montesdoca). Recojo aquí sus nombres con el deseo

de que también esta reseña contribuya a recordar a unos profesionales que “sin ser humanistas de gran relieve, bien se merecen que se ilustre su personalidad con algunos documentos” (p. 75). O sea, hombres como tú, docente lector, y como yo, que lucharon por su puesto, que se afanaron en sus lecciones, que al morir legaron sus libros, maravides y hasta ducados, y que, incluso, tuvieron tiempo de escribir alguna que otra traducción y un puñado de poemas a la moda de entonces. Eso sí, sin la permanente amenaza de que a algún leguleyo subido a ministro y con fútiles ínfulas de permanencia se le ocurriera reformar la educación y la enseñanza *a capite ad calcem* tirando al vertedero el latín por el que cotidianamente se afanaban aquellos profesores. La andanada viene muy a cuenta del trabajo (pp. 93-112) en el que Luis Gil hace, precisamente, un repaso de lo que ha sido la vida de los estudios humanísticos en España desde la formación de los primeros reinos hasta la actual Ley de Calidad de la Enseñanza, pasando por todos los intentos de dotar a este país de un sistema de enseñanza coherente y adecuado. Un artículo necesario en cuyas primeras páginas se pueden leer nombres de hombres como Lorenzo Valla y de obras como la *Minerva seu de causis linguae latinae*, mientras que, en las últimas, los ojos del lector se han de posar tristemente sobre apellidos (Villar Palasí, Solís Ruiz) y siglas (LOGSE) que son ya eterna cifra de la mediocridad y del *sic transit tu gloria, Europa hoy tan flamante*. Menos mal que hay algún oasis por el camino, como el venerable nombre del Excmo. Sr. D. Pedro Sáinz Rodríguez, tan necio e iluso para algunos, cuyo plan de bachillerato dio lugar a “un espléndido florecimiento de la Filología clásica española”. A demostrar e ilustrar tal florecimiento dedica el profesor Gil la última parte de su artículo. Esta modesta revista le agradece haber incluido su nombre entre las que han contribuido a la ardua empresa.

De otra Edad de Oro, de la mítica y tópica que cantaran Hesíodo, Virgilio y Ovidio, pero aplicada a la monarquía de Isabel y Fernando, nos hablan Ángel Gómez Moreno y Teresa Jiménez Calvente en su artículo “Entre edenismo y *aemulatio* clásica: el mito de la Edad de Oro en la España de los Reyes Católicos” (pp. 113-140). Los autores presentan una amena y documentada síntesis de la magna labor propagandística desarrollada a finales del siglo XV y comienzos del XVI y destinada a ensalzar a los monarcas unificadores y al reino que unificaron: España como edén singular e irrepetible, Isabel como heroína, más que santa, casi Virgen, y nacida, como su marido, entre prodigios terrenales y celestes que anuncianaban el nuevo aborear del mundo. Cosas todas que nos parecerían pintorescas y lejanas, si no hubiéramos padecido el siglo en que vivieron Stalin, Hitler, Ceaucescu, Sadam Hussein y George Bush (los dos).

Para quitar el mal sabor que deja tan negra nómina, vienen ahora a estas páginas los nombres de Benito Arias Montano y de Fray Luis de León, a propósito de una gramática de la lengua italiana que el primero compuso (en latín, por supuesto) durante su juventud. Nos presenta tal obra, contenida en el códice escurialense K-III-8, el profesor José María Maestre (pp. 141-156), quien propone y arguye que el destinatario directo y principal de tal gramática era, precisamente, Luis de León, cordial amigo del humanista extremeño. La obra está incompleta en el citado códice de El Escorial, pero Maestre nos anuncia en un urgente *Post scriptum* que ha hallado la parte perdida en la Biblioteca Nacional de Madrid y que en breve dispondremos de un artículo en que nos la presentará debidamente.

Y de una publicación consagrada al humanismo latino y la tradición clásica no podía estar ausente el nombre con más hondas y emocionantes resonancias a oídos de quien esté mínimamente informado sobre esos dos ámbitos, Francesco Petrarca. De su relación con las “letras cristianas”, en un itinerario que arrancó en la ambigüedad y la tibieza y culminó en el entusiasmo por ellas, nos habla uno de sus hoy más rendidos admiradores y promotores, su tocayo el profesor Rico. El artículo (pp. 157-182) es traducción castellana, enriquecida con correcciones y notas adicionales, de un original italiano que este estudioso publicó en 1997.

El penúltimo trabajo está dedicado al célebre leonés Francisco Antonio de Lorenzana (1725-1804), obispo de Gerona y luego arzobispo de México. La profesora Justina Sarabia (pp. 183-212) nos ilustra sobre el lógico interés de este personaje por la labor española en América desde el descubrimiento, así como por la ya entonces vasta literatura generada en todos los órdenes al respecto, a la que él mismo contribuiría como creador de obra propia y como editor de la ajena. En este último ámbito destaca su labor con las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, que el arzobispo presentó, comentó, anotó, valoró y hasta “cartografió” en una edición de indudable interés para conocer cómo valoraba un alto personaje de la jerarquía católica lo mucho –bueno o malo– hecho por los españoles hasta entonces en tierras americanas. Y todo ello porque en 1492 cierto genovés medio visionario se empecinó en llevar adelante un proyecto cuyo resultado fue tan ambiguo, que en su tiempo se vio obligado a enormes esfuerzos para hacerlo pasar por una gigantesca gesta cuando parecía un estrepitoso fracaso. A los incansables esfuerzos de Colón y de sus descendientes por dignificar y también magnificar las muy célebres travesías trasatlánticas y sus resultados se dedica “El taller historiográfico colombino” (pp. 213-218) de Consuelo Varela, último artículo de este primer número de *Silva*. Que todos los muchos que vengan sean tan brillantes como éste, y como éste aúnen –y no es parva empresa– la erudición, la enseñanza y el entretenimiento. Yo, al menos, he disfrutado y he aprendido

PEDRO CONDE PARRADO